

Crecimiento económico y estratificación social: observaciones sobre el caso caso chileno



RAÚL ATRIA

Director del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile

::: RESUMEN

El objeto de este trabajo es contribuir al entendimiento de la relación que sería posible anotar entre el crecimiento económico sostenido por el cual atraviesa un país en una fase expansiva de su economía y los cambios intergeneracionales que ese crecimiento podría estar produciendo en el perfil de la estratificación social y la movilidad. Dentro de este tema general que está cobrando renovada importancia en el campo de los estudios de la estructura social y su dinámica, el foco empírico específico de este trabajo está en el caso de Chile.

PALABRAS CLAVE: estratificación social, movilidad, categorías ocupacionales.

::: ABSTRACT

The purpose of this paper is to make a contribution to the understanding of the relationship that would be possible to establish between sustained economic growth, enjoyed by a country during an expansive stage of its economy, and the cross generational changes the such a growth process could produce in the profile of social stratification and mobility. Within this general subject which is presently gaining renewed importance in the field of social structure studies, the empirical reference is located in the case of Chile.

KEY WORDS: social stratification, mobility, occupational categories.

Consideraciones sobre el crecimiento agregado y la dinámica de la estratificación social

En los procesos de modernización orientados por modelos de acumulación basados en economías abiertas, con competencia mercantil y liderazgo del sector privado, suelen producirse fases o ciclos de considerable crecimiento que se mantienen por un lapso de duración suficiente para producir efectos en la es-

estructura social y, especialmente, en los patrones de estratificación social. La experiencia muestra que tales ciclos o procesos de crecimiento alto y sostenidos pueden producirse en contextos abiertos y democráticos o cerrados con distintas variantes de autoritarismo y represión política. No será posible en esta ocasión el examen del contexto en que se produce la dinámica económica expansiva que, por icerto, es un paso necesario para lograr un abordaje cabal de los procesos de consolidación y profundización de las variantes del modelo neoliberal de articulación social y política. En todo caso, los ciclos de crecimiento alto y sostenido generan tensiones de gran intensidad en la estructura social en la medida en que los diferentes actores sociales, las clases y los estamentos en que se descompone la estructura social, readecuan sus comportamientos sociales y sus lógicas políticas ante la intensidad de los cambios acarreados por el ciclo expansivo.

El estudio de estos ciclos, sus determinantes y consecuencias en países en desarrollo estuvo en la base de los estudios del Banco Mundial realizados a comienzo de la década de los 90 que se resumieron en el conocido informe sobre el así llamado milagro de los países industrializados emergentes del Sudeste Asiático. En todos los países considerados en ese estudio la distribución del ingreso tenía un grado de concentración apreciablemente menor que lo que se ha encontrado en América Latina, de modo que la pregunta que orientó esa investigación estuvo dirigida a la búsqueda de factores que, desde el ángulo de las políticas estatales, pudieran haber estado directamente relacionadas con ese rasgo más equitativo de la distribución del ingreso. Con todo, sigue siendo válido el hecho de que el efecto del crecimiento alto y sostenido por un lapso considerable de tiempo, sobre la estructura social, estuvo en el centro de las preocupaciones de los investigadores del Banco Mundial

Recientemente, es el caso de Irlanda país que como es sabido ha experimentado un reciente ciclo de crecimiento alto y sostenido, el cual está atrayendo la atención como otra experiencia concreta donde es posible observar el impacto del ciclo expansivo sobre la estructura social.

Sobre Irlanda se ha señalado que «los problemas estructurales arraigados en la sociedad están claramente acotados. Algunos individuos y grupos se benefician enormemente de la nueva prosperidad del país, en tanto otros se quedan rezagados o se ven completamente excluidos. Las líneas divisorias están también claras: los mejor entrenados y mejor adiestrados en el uso de la tecnología son parte de la historia exitosa de la era de la información. . No obstante, los mayores, los más pobres y los habitantes de las zonas rurales han recibido considerablemente menos y están conformando los bolsones de discriminación, en los cuales hay muchos que son subempleados o simplemente desempleados en medio de una economía floreciente» (Crotty, 2002). El contenido de esta larga cita puede ser perfectamente aplicable a las experiencias latinoamericanas y si los lectores no hubieran sido previamente advertidos de se trataba de Irlanda, probablemente muchos de ellos hubieran asumido que se estaba aludiendo a países de la región.

Para algunos autores, corroborando lo anterior, «los frutos del crecimiento...

han sido distribuidos de manera muy dispareja e Irlanda sigue siendo una sociedad traspasada por serias desigualdades sociales» (Hardiman, Niamh y Whelan, Crotty, 2002). De una u otra forma el problema es siempre el mismo y tiene que ver con la paradoja del crecimiento: *crece el todo, pero no crecen todos*.

Acerca de la estructura social de Chile hacia fines de los 80

¿Cómo era la paradoja del crecimiento en Chile hacia comienzos de los 90? Se puede intentar una descripción cualitativa de la estructura social hacia fines de la década de los 80, en la antesala de la transición hacia la democratización del sistema político. Para ello, es posible identificar ciertas situaciones típicas en las cuales se encontraban los grupos sociales frente al acelerado proceso de cambios políticos, sociales y económicos de la sociedad chilena desde el golpe militar de 1973. Estas situaciones no pretenden ser una tipificación acuciosa de las categorías o grandes conglomerados sociales en que se distribuía la población del país. Es un intento por identificar cursos de acción que sí fueron típicos de los grupos sociales *en relación con la situación en que ellos recibieron el impacto de los cambios* que provenían del cambio del modelo de acumulación en el país.

Esas situaciones se pueden caracterizar desde el punto de vista del impacto que produjo en la trama social el acelerado proceso de modernización neocapitalista dirigido e impuesto desde arriba, con un sistema político formalmente clausurado y con un régimen autoritario. Mirando la sociedad chilena desde ese prisma y en esa época, se puede intentar la siguiente caracterización:

a) Grupos beneficiados por el proceso, ubicados no sólo en la cúspide de la estratificación social, dado que algunos beneficios alcanzaron a otros niveles por medio de mecanismos de chorreo altamente selectivos y segmentados. Se trata, en síntesis, de grupos «de punta» para quienes el proceso implicó una expansión directa y significativa de oportunidades de éxito, que no se encontraban solamente en los estratos más altos, aunque hayan tendido a estar allí concentrados.

Se encontraban en esta situación los sectores empresariales y «grupos económicos» ligados a las firmas medianas y grandes que pudieron acceder, ventajosamente y en los momentos propicios, a la apertura del mercado financiero y a las operaciones de transferencia y licitación de activos del sector público al sector privado, con lo cual lograron consolidar posiciones en un mercado doméstico que por lo general tendía a ser oligopólico. Hay que incluir también a aquellos empresarios que pudieron efectuar, en el momento propicio, las transformaciones y readecuaciones tecnológicas, relativamente poco complejas, pero necesarias para acceder a los segmentos «de punta» de los mercados productivos, especialmente aquellos orientados a la exportación.

Otros grupos incluidos en esta situación beneficiaria del proceso modernizante autoritario comprendían a aquellos empresarios grandes y diversificados que contaron, en la coyuntura propicia, con los canales de acceso a capitales externos y a la información estratégica de mercados, necesarios para desarrollar nuevas actividades directamente vinculadas con la apertura de la economía al exte-

rior. Estos agentes económicos crecieron en los sectores primarios de la minería, el sector forestal y pesquero, la agricultura de exportación como sustrato dinámico para el desarrollo de la agroindustria y, en general, de toda la cadena de servicios técnicos, financieros y comerciales ligados a la exportación agropecuaria.

Cuando se identifica este diversificado estrato empresarial, como uno de los principales grupos beneficiados por el proceso, es necesario incluir, también una categoría social de cierta importancia (posiblemente más cualitativa que cuantitativa) compuesta por agentes que desempeñaban funciones especializadas al servicio de las firmas y empresas. Se trata de las categorías de profesionales y técnicos que, en sus respectivos campos, estaban en condiciones de responder a la demanda de esta clientela de excepción. Estas categorías abarcan tanto a las esferas de ejercicio profesional de consultoría libre, como a empleados de nivel gerencial y funcionarios de alto nivel influyentes en las instancias decisorias en los ámbitos privado y público respectivamente.

Estrictamente hablando, el efecto de «chorreo» que para muchos constituiría el paliativo capaz de abrir la así llamada economía de mercado propia del modelo modernizante-autoritario, a los contingentes sociales del país, en realidad se agotaba aquí. Se trata de un chorreo que se produjo principalmente dentro de los miembros de ese sector privilegiado o de los individuos que estaban en la periferia inmediata al privilegio. Claro está, ese chorreo no alcanzaba para más abajo; para llegar a las capas sociales que sólo desde lejos alcanzaban a vislumbrar el estilo de vida de los que podían acceder a los frutos del modelo.

Es importante reconocer que entre los grupos que se beneficiaron, se encontraba representada la clase alta más tradicional del país que «recuperó» un prestigio económico que venía siendo cuestionado desde largos años en Chile. Es posible que su problema haya sido más de «prestigio» que de poder económico real, lo que explicaría en buena parte la poderosa identificación que este grupo experimentó con la simbología y la «ideología» del gobierno militar que restauraba un orden social atractivo para los que mandan.

También es importante tomar en cuenta que el privilegio alcanzaba también a sectores de una clase media de jóvenes empresarios y tecnócratas. No es tanto la vieja clase media chilena la que se beneficiaba con el modelo, sino una clase media generacionalmente más moderna, que abrazó con entusiasmo los valores de la competitividad y el éxito rápido estimulados por la ideología del modelo y que no se sentía interpretada por los valores de la seguridad a cuyo amparo se formó la clase media más tradicional de Chile.

No sería aventurado incluir en esta clase media «nueva» a la propia tecnocracia militar, representada por una oficialidad que también recuperaba «prestigio» pero agregando a éste el manejo del poder político y del aparato de la tecnoburocracia estatal. Esta suerte de reencuentro del prestigio,—que ya no era necesario referir a las glorias militares del pasado—, con el poder político explicaría no sólo la situación de privilegio estamental sino también la «misión» de fundar y consolidar un nuevo orden social a la cual se sentía llamada esta tecnocracia militar. Por ello se dio también la convergencia de intereses con un

gran sector de aquel otro grupo que «recuperaba» prestigio, que fue la clase alta tradicional, la cual, además estaba socialmente familiarizada con el ejercicio del poder.

b) Los grupos no necesariamente beneficiados por el proceso pero que desarrollaron una estrategia de adaptación y que, en general, lograron un acomodo dentro del conjunto de cambios de uno y otro signo que estaban ocurriendo en el entorno social.

Otro comportamiento notorio que produjo el proceso de cambios en el país, fue de tipo «adaptativo», para hacer referencia a aquellos grupos que sin haber sido los receptores directos de los beneficios del sistema, pudieron adaptarse a las nuevas realidades. No se trata de grupos en situación de privilegio, ni tampoco de grupos a los cuales les haya alcanzado directamente el derrame de los frutos de la modernización. Este sector, heterogéneo en su composición, pertenecía básicamente a los estratos medios, grupos de variado origen pero que compartían, en las condiciones imperantes en el país hacia comienzos de la década pasada, la característica de haber dejado en suspenso las posibilidades de ascenso social. Estos grupos se ubicaban en la sociedad en función de la movilidad ascendente de los canales que solían abrirse en Chile en la estructura ocupacional centrada en el desarrollo industrial y en el sistema educacional. En general estos grupos podían hacer efectivas sus demandas a través del sistema político característico del viejo «Estado de compromiso», que era receptivo a las aspiraciones de mejoramiento social y que había permitido la creación de un aparato de bienestar a la medida de estas importantes clientelas.

El sector de estratos medios al que se hace referencia incluye las capas de profesionales menores, «dependientes», entre los cuales se encontraban, por ejemplo contingentes muy numerosos de profesores, técnicos, y especialistas formados en los así llamados sistemas de «carreras cortas». A este contingente que no es nuevo en la historia social de Chile, habría que agregar la considerable masa de trabajadores de servicios públicos que fueron forzados a trasladarse al sector privado cuando sobrevino la reducción o franca supresión de organismos estatales propia de una primera etapa del modelo de mercado, o cuando ocurrió en toda su intensidad el proceso privatizador propio de una fase posterior, más «madura» del mismo modelo.

Caracterizaba a estos grupos una representación muy importante de población activa femenina, incrementada durante el decenio por la necesidad de complementar un ingreso familiar exiguo, inseguro o, a veces, francamente decreciente por la cesantía o el subempleo del jefe de hogar.

A los anteriores habría que agregar a esa variada capa de empresarios pequeños, captados en las estadísticas bajo la muy amplia denominación de «trabajadores independientes». Se está aquí en presencia de los propietarios de pequeñas y muy pequeñas empresas y talleres de corte semiartesanal, que posiblemente surgieron al amparo de una red cooperativa o que tuvieron en su momento algún apoyo de organismos estatales, pero que terminaron trabajando en condiciones de gran inestabilidad y arrinconados por la irrupción de unidades pro-

ductivas o empresas de servicios más modernas y competitivas. No obstante, el espíritu de inventiva y el valor de la «independencia» hizo posible que muchos de estos pequeños empresarios subsistiesen y se adaptasen a las condiciones de la nueva realidad, conformando una amplia capa de empresas de «economía popular», regidas por los criterios de la productividad económica en sus tratos con la economía de mercado imperante hacia afuera en el sistema, pero que adoptaron otros criterios de coordinación de la producción y de eficiencia económica hacia adentro de la propia organización empresarial del trabajo.

En el medio rural, estos grupos «adaptativos» correspondían en gran medida a los trabajadores temporales empleados por las instalaciones agroindustriales y por las empresas agrícolas vinculadas a la exportación. Nuevamente aquí destaca la presencia de grupos en que abundaba la población activa femenina. Se trataba también de grupos relativamente jóvenes. También se sumaron a estos grupos los habitantes de nuevos poblados o villorrios que surgieron al amparo de la reforma agraria, para los cuales se fue generando la necesidad de adquirir estilos de vida y formas de ganarse la vida más urbanas que las que tradicionalmente tuvieron en etapas anteriores.

Finalmente habría que agregar también a estos mismos grupos adaptativos a los obreros semicalificados y calificados del sector fabril que logró readecuarse a la apertura de la economía.

Es importante destacar que en todos los casos mencionados entre los grupos «adaptativos» la capacidad de organización efectiva, con posibilidad de agregar y articular los intereses de estos grupos tan variados, era prácticamente nula. A veces pareciera que el modelo político modernizante autoritario, imperante en esos años, permitió la adaptación y la conformidad con la lógica distributiva del modelo, «premiando» este comportamiento a costa de renunciar a la organización, a la capacidad de decidir colectiva y autónomamente lo que convenía o no convenía a los intereses del grupo social en cuestión.

c) Los grupos que fueron quedando al margen del proceso, y que incluían a sectores sociales para los cuales no había lugar viable en la nueva conformación social que se estaba gestando con la transformación productiva. Estos eran grupos sociales que estaban afectados por una especie de «obsolescencia» generada por la modernidad y que ni siquiera pudieron ensayar estrategias de defensa por la no participación social excluyente y por el cierre autoritario del sistema político.

Otro sector de enorme importancia social es el que estaba compuesto por grupos que pueden englobarse bajo la denominación de «discriminados». Gruesamente hablando, hacia fines de los años 80, este conglomerado se armaba desde dos vertientes. Por una parte, la vertiente de los grupos que socialmente entraron en un proceso de obsolescencia provocado por la transformación tecnológica y tolerado por un sistema sociopolítico excluyente que simplemente no dejaba ningún espacio para que estos grupos se organicen y presionen.

El grupo más representativo de esta situación fue el campesino tradicional, que solía ser «inquilino» de un latifundio también tradicional. Este grupo fue lisa y llanamente sacado de la escena por un proceso de cambio iniciado con

anterioridad, que liquidó el latifundio y que por ese mismo hecho produjo la transformación social quizás de mayor envergadura del Chile moderno. Jibarizada la estructura cooperativa que emergió en el medio rural como institución de reemplazo, por la acción deliberada de un Estado autoritario al que el campesino simplemente no tenía acceso, se completó el proceso de desaparición del campesinado. La agricultura organizada en términos de empresas capitalistas para la cual la tierra no es objeto de arraigo, ni fuente de identificación de un modo de vida hizo irreversible este proceso de obsolescencia social.

Así, no sería aventurado sostener que un lapso que cubre posiblemente dos generaciones cuando más, terminó por casi esfumarse de la escena del mundo rural chileno una categoría social completa. Esto se dice aquí, no para llamar a la nostalgia sino para sostener una afirmación netamente empírica. Por otra parte, es plenamente plausible sostener que el mismo proceso se dio, y se está dando en el presente, respecto de los pescadores artesanales; los pobladores de las caletas que cada vez son más un «recurso turístico» que una estructura productiva socialmente significativa. El factor de obsolescencia aquí estuvo representado por la moderna industria de captura y procesamiento de la pesca, que escasamente deja espacio para la actividad artesanal.

La otra vertiente de discriminación, aparte de la obsolescencia tecnológicamente provocada, provino de la sencilla pero tan debatida imperfección del mercado para insertar dignamente a los trabajadores en la estructura productiva, si es que ese trabajador no es suficientemente escaso. El mundo enorme de los pobladores, incrementado por las apreciables magnitudes de allegados, ya conformaba, hacia fines de los 80, una vasta población de trabajadores sobreabundantes. Mano de obra barata como recurso ilimitado: fenómeno que remite de lleno al centro del subdesarrollo.

Por cierto, esta afirmación no se refiere a que de pronto haya habido en ciertos rubros ocupacionales una demanda real de mano de obra que no pudo ser satisfecha, fenómeno que puede asociarse a los llamados «polos» de desarrollo. Pero eso no disminuye para nada la realidad gruesa de las categorías que conforman el grupo de los pobladores para los cuales el chorreo de «pegas» o plazas de trabajo sencillamente no llegó. En esta realidad poblacional, que es un mundo fuertemente marcado por jóvenes, se encuentra la raíz de la otra discriminación; de la que no es tecnológica sino social. Aquí radica la base de la afirmación que muchos analistas hicieron, con razón, en el sentido de que la modernización autoritaria produjo en esos años un país con dos caras.

Finalmente, los grupos directamente discriminados, que quedaron sujetos a todo el rigor de la imposición desde arriba; que no fueron grupos «obsoletos» y que, a diferencia de los anteriores, asumieron una estrategia de rechazo inspirada por la persistencia de una especie de «contra cultura» frente al patrón de conducta del modelo dominante. Es claro que este grupo tuvo una composición muy heterogénea, pero en general se puede referir a los contingentes del desempleo relativamente crónico de la época.

En este sentido vale la pena tomar nota de que el porcentaje de jóvenes que

no estudian ni trabajan es un indicador de riesgo y vulnerabilidad referido principalmente a los de menores recursos. Alrededor de 1990, en el cuartil de ingresos más bajos de las áreas urbanas, esta situación afectaba a uno de cada cuatro jóvenes en Chile.¹

Los actores políticos estuvieron plenamente sensibilizados a las tensiones acumuladas en la trama de relaciones sociales dentro de la estructura social resultante de las reformas del Estado impulsadas por el modelo modernizador autoritario, como la que se ha esbozado arriba. Esta acumulación de tensiones configuraba un escenario plausible de conflictividad que, bajo cualquier prisma de análisis se presentaba como el más adverso para una dinámica de transición hacia la democracia que pudiera ser liderada por las fuerzas sociales y políticas opositoras al régimen militar. Dicho sea de paso, es importante tomar en cuenta el peso «moderador» de las posiciones tácticas y estratégicas que ejercía este escenario amenazante que llevaba inevitablemente a un resultado donde todos eran perdedores.

Observaciones sobre la «estabilización» de la estructura social en la fase avanzada del ciclo de crecimiento

Contra el telón de fondo descrito anteriormente, que delinea las principales tendencias y tensiones de los cambios en la estructura social del país hacia mediados de la década de los 80, es extremadamente interesante y revelador examinar los datos empíricos más actualizados disponibles que permitan observar qué ha pasado con el perfil general de la estratificación social en Chile, después de transcurrido el período de sostenido crecimiento económico que se extiende aproximadamente desde esos años iniciales hasta los últimos años de la década de los 90. En tal sentido, es necesario destacar que los investigadores Guillermo Wormald y Florencia Torche, del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile han realizado el estudio más reciente, sobre la base de datos primarios recogidos con una encuesta de alcance nacional, acerca de la estratificación ocupacional en Chile.²

Las categorías ocupacionales seleccionadas

Para abordar el estudio de la estratificación ocupacional, Wormald y Torche utilizaron una categorización que es una adaptación de la clasificación desarro-

¹Véase sobre este punto: Cepal, *La brecha de la equidad*, Santiago, 1997, pág. 198, recuadro VII.3.

² La encuesta fue levantada por la Dirección de Estudios Sociológicos de la mencionada Universidad, entre los meses de abril y junio del año 2001 y se aplicó a 3.544 encuestados jefes de hogar varones, con una edad entre 24 y 69 años. El diseño muestral fue multietápico, estratificado. La primera etapa permitió seleccionar 87 comunas (de un total de 335, excluyendo la situadas en las regiones XI y XII del extremo meridional del país por sus dificultades de acceso físico).

llada por Erikson y Goldthorpe en una importante investigación sobre movilidad ocupacional publicada en 1993 (Erikson y Goldthorpe, 1993).³ La categorización de estos autores se inscribe en una reconocida tradición de investigación empírica acerca de la estratificación social en las sociedades modernas, que se identifica con el trabajo que ha llevado a cabo bajo el liderazgo de John Goldthorpe en el Grupo del Nuffield College de la Universidad de Oxford.⁶ La clasificación de la inserción laboral que proponen Erikson y Goldthorpe distingue once categorías combinando tres criterios: propiedad y control de los medios productivos, prestación de servicios con mayor o menor autonomía y manualidad con mayor o menor grado de calificación.

Wormald y Torche distinguen las siguientes categorías de inserción laboral: 1. La *clase de servicios* (directivos, profesionales, supervisores en empresas de todo tamaño); 2. La clase de *rutina no manual* (trabajadores no manuales en administración, ventas y servicios); 3. *Pequeña burguesía* (propietarios de empresas no agrícolas con menos de 10 trabajadores); 4. Trabajadores *independientes* (por cuenta propia); Trabajadores *manuales calificados*; 6. Trabajadores *manuales no calificados*; 7. *Pequeños propietarios agrícolas*; y 8. *Trabajadores agrícolas*. La reducción de las categorías de Erikson y Goldthorpe, se hizo fundiendo en una sola categoría las clases de servicios (1 y 2); fundiendo en una sola categoría las clases de trabajadores no manuales (3 y 4) y asimilando los técnicos bajos a los trabajadores manuales calificados (8 y 9), como se aprecia en el cuadro siguiente:

ERIKSON Y GOLDTHORPE	WORMALD Y TORCHE
1. Profesionales altos, administradores y propietarios de grandes empresas	1. <i>Clase de servicio</i> : directivos, administradores, profesionales y propietarios de empresas grandes medianas, profesionales bajos, técnicos superiores, supervisores de trabajadores no manuales y administradores de empresas pequeñas
2. Profesionales bajos, administradores de empresas pequeñas, técnicos superiores, administradores y supervisores de trabajadores no manuales	
3. Trabajadores no manuales de rutina altos	2. <i>Clase de rutina no manual</i> : trabajadores no manuales en administración ventas y servicios
4. Trabajadores no manuales de rutina bajos	
5. Pequeños propietarios con empleados	3. <i>Pequeña burguesía</i> : propietarios de empresas chicas (menos de 10 trabajadores) no agrícolas
6. Trabajadores independientes	4. <i>Trabajadores independientes</i> : por cuenta propia
7. Pequeños propietarios e independientes agrícolas	
8. Técnicos bajos, supervisores de trabajadores manuales	5. <i>Trabajadores calificados</i> : técnicos bajos, supervisores de trabajadores manuales
9. Trabajadores manuales calificados	
10. Trabajadores semi y no calificados	6. <i>Trabajadores manuales no calificado</i>
	7. <i>Pequeños propietarios agrícolas</i>
11. Trabajadores agrícolas	8. <i>Trabajadores agrícolas</i>

³ Algunas de las obras más significativas de este grupo son Erikson y Goldthorpe (1993), Goldthorpe y Hope (1974) y Goldthorpe y Payne (1987).

La investigación de Wormald y Torche abarca dos grandes temas. El primero se refiere al perfil de la estratificación social en Chile y el acceso a las oportunidades que queda de alguna forma condicionado por dicho perfil. Este tema se trata en la sección III del informe de la investigación (Wormald y Torche: 17-28). El segundo tema se refiere al análisis de los patrones de movilidad centrado en la dimensión intergeneracional de dicho proceso, es decir, la movilidad entre padres e hijos y está tratado, mucho más extensamente que el anterior, en la sección IV del informe respectivo (Wormald y Torche: 28-73).

Hallazgos relativos a estratificación y acceso a oportunidades

De acuerdo a los autores que se comentan, «todo sistema de estratificación puede ser visto como una estructura de oportunidades de integración social o como una distribución de oportunidades para el acceso a bienes escasos y posiciones socialmente valoradas». La idea central que orienta su estudio es que el modelo de acumulación y desarrollo impulsado en el país ha producido transformaciones importantes en la estructura de oportunidades y en las formas de acceso a ellas (Wormald y Torche: 17-8).

Wormald y Torche examinan el acceso a la estructura de oportunidades a través de dos vías principales, que son *la inserción laboral y la formación del capital (stock) educativo de las personas*.

La inserción laboral en el ámbito urbano es consistentemente mejor que la que se da en el ámbito rural, tanto por el nivel de remuneraciones obtenidas como por la calidad de los puestos de trabajo. La transformación productiva generada por el modelo de acumulación y crecimiento que impera en el país en las últimas décadas, favorece claramente al sector servicios pero con un fuerte acento en los servicios financieros y a las empresas.

En general los datos de diversos estudios sobre los cambios en la estructura social chilena a los que Wormald y Torche aluden al comienzo de su trabajo, muestran un aumento de la proporción de trabajadores dependientes por sobre los que trabajan por cuenta propia, lo cual mostraría una clara tendencia a la terciarización del trabajo y la desobrerización del empleo. De allí, concluyen Wormald y Torche, la relación asalariada tradicional que suponía un empleador, un vínculo de subordinación, una dependencia estable y un trabajo contractualizado, está perdiendo importancia en el conjunto de la fuerza de trabajo dependiente. En cuanto al perfil general de la estratificación, se ha destacado que en América Latina la tendencia observada durante los 90 ha sido a una relativa contracción de los sectores medios, que en general no superan el 23% del total de ocupados de la región. Wormald y Torche señalan que sus datos indican que en Chile se estaría en presencia de una expansión de los sectores medios y medios altos, que suben de un 33,5% a un 367,2% en el período que va desde 1980 a 1998.

Constatan asimismo, un aumento de la importancia relativa de la categoría denominada «pequeña burguesía», compuesta de pequeños empresarios. Esto sería una consecuencia de los procesos de privatización de los años 70 en adelante que, al contraer el empleo estatal en un cuadro de escasa expansión de los

puestos de trabajo en el sector privado, generaron una capa de «emprendimientos forzosos»⁴ que cobijó a los nuevos empresarios pequeños. Asimismo, constataron en el caso chileno una formalización de los puestos de trabajo dependientes, tanto manuales como no manuales, al contrario de la tendencia regional que se mueve hacia una mayor informalización. Como señalan los autores en referencia, la mayor formalización sin embargo, no se tradujo necesariamente en una mejor calidad o protección del empleo, ya que en todas las empresas hubo un aumento de los empleos sin contrato escrito de trabajo.

Un rasgo adicional es la sostenida pérdida de importancia de los pequeños propietarios agrícolas, que a juicio de los autores, sería una clara indicación de la *descampesinización* en la estratificación social del país. A este proceso de achicamiento de los sectores campesinos, los autores atribuyen el aumento que experimentan los trabajadores manuales no calificados, en la base de la estructura social. Por su parte, la clase de servicio en la cúspide de esa estructura, también se expande por la incorporación de quienes fueron favorecidos por el crecimiento económico sostenido y por la expansión de las oportunidades educacionales. En apoyo de lo anterior destacan que aproximadamente un 47% de los miembros de la clase de servicio residen en la Región Metropolitana que sigue capturando las mayores oportunidades educacionales y ocupacionales en el país.

La terciarización impulsada por el nuevo modelo de acumulación y de organización productiva en la fase de crecimiento sostenido que lo acompañó desde mediados de los años 80, no debe ser vista, según Wormald y Torche como un proceso espúreo como solía ser el caso en el modelo previo de sustitución. La nueva terciarización induce una *mayor diferenciación productiva y social al interior de los distintos segmentos sociales*, que la clásica manufactura del modelo anterior. Ello implica en el mundo laboral una escasa adhesión a un proyecto social común y una tenue representación de intereses en las distintas categorías de la estratificación social. De allí se deduciría un rasgo que resulta de la mayor importancia tanto teórica como empírica, en el sentido de que *la nueva estructura social imperante en el país, tendría un fundamento de clase relativamente débil*.

El otro factor que está fuertemente asociado con el acceso a la estructura de oportunidades es la educación. En la literatura un número importante de autores ha señalado que las personas que provienen de hogares con un más año capital cultural alcanzan mayores y mejores logros educativos, de modo que las desigualdades en los logros educacionales son difíciles de eliminar y que ellas tienen efectos en la reproducción de las desigualdades intra e intergeneracionales.

En el caso de Chile, la proporción de personas con educación post secundaria entre la generación de 1944 o menos y la de 1965 a 1976 prácticamente se triplica, lo cual indica un importante cambio en la distribución de los logros educativos y, por tanto, de aumento de la movilidad absoluta en la estratificación social del país. Este aumento de la movilidad es consecuencia de la apreciable expansión de la oferta educativa en el período señalado. Si bien ello muestra que, en general, los hijos de personas con menor educación pueden acceder a

⁴ La expresión proviene de Alejandro Portes y es recogida por Wormald y Torche, pág. 13.

más altos niveles de educación, las probabilidades de que ello ocurra son marcadamente menores que la de los hijos de padres con mayor educación. La conclusión general que puede anotarse en este tema es que la expansión de las oportunidades educacionales ha sido aprovechada de manera distinta por los diversos segmentos sociales.

Respecto de la variable educación en relación con los retornos monetarios asociados, se ha constatado que la herencia educativa de los padres es un factor que marca poderosamente esta diferencia a favor de quienes están en la parte alta de la jerarquía social. No obstante, también se benefician quienes provienen de hogares con niveles educativos inferiores, pues obtienen un claro retorno a su inversión educativa. La situación más problemática está en los segmentos sociales no manuales de clase media, pues en este caso, la mejoría relativa en la movilidad educacional respecto de los padres, no se traduce en igual mejoría del ingreso.

Como consecuencia de todo su análisis del acceso a la estructura de oportunidades, vía trabajo y educación, los autores concluyen que el sistema de estratificación y el acceso a la estructura de oportunidades que la acompaña, han experimentado cambios importantes en los dos extremos de la estructura social, acorde con la transformación de la estructura productiva del país.

A propósito de esta conclusión general, es apropiado volver sobre las categorías empleadas por Wormald y Torche en su estudio, las que resultan de la adaptación del esquema de Goldthorpe y asociados. Como se vio más arriba, una de las adaptaciones que hacen los autores a dicho esquema consiste en una agrupación de las dos categorías superiores de los investigadores ingleses, con lo cual, la categoría agregada resultante, «la clase de servicio» se hace internamente muy heterogénea. Habría por tanto una diferenciación acentuada en ese segmento, que es simplemente construida por el proceso de agregación. En ese predicamento, es difícil imaginar una conclusión diferente en el sentido de que habría habido un dinamismo en la absorción de nuevos miembros en la clase de servicio y que, dada esa mayor heterogeneidad interna, habría habido un componente de clase debilitado.

En otras palabras, sería preciso aclarar bien si esos dos rasgos, a saber apertura dinámica de la clase de servicios y debilitamiento del factor clasista, no estarían siendo influenciados o condicionados por la arquitectura de las categorías de estratificación. El esquema original de Goldthorpe, que es más desagregado en la cúspide, permite sortear mejor el posible efecto de la heterogeneidad interna de la clase de servicio que es el resultado de la agregación.

En todo caso, más allá de estas consideraciones sobre el grado de apertura de la estructura social en su cúspide y en su base y de la mayor o menor heterogeneidad interna de los segmentos sociales, la expansión intermedia en el perfil de la estratificación social estaría indicando que el crecimiento económico sostenido durante el lapso que va desde mediados de los años 80 hasta fines de los 90 habría consolidado las profundas transformaciones y atenuado las tensiones que se observaban al inicio del ciclo expansivo como se anotaba en la sección precedente de este trabajo. Esto estaría indicando que uno de los efectos más notorios

de esta fase expansiva es haber conducido a una relativa estabilización de los cambios y por ende, a una estratificación social mas inclusiva. Queda por ver si este tipo de estratificación conduce a una sociedad mas equitativa, vale decir, si el perfil de la estratificación ha ido acompañado de una movilidad social que propende a una mayor igualdad en el acceso a las oportunidades.

Hallazgos relativos a patrones de movilidad social

Para el examen de la movilidad social, es especialmente interesante el análisis de los cambios intergeneracionales que hacen Wormald y Torche comparando los flujos de salida y de entrada en la matriz ocupacional de padres e hijos. Cruzando las 8 categorías ocupacionales utilizadas en su estudio de modo que en el eje horizontal de la matriz están los datos de la distribución de los hijos y en el eje vertical la distribución de los padres, se obtiene una matriz cuya diagonal principal muestra la ausencia de movilidad intergeneracional, en tanto que la sección inferior izquierda muestra movilidad ascendente y la sección superior derecha indica movilidad descendente (Wormald y Torche, Tabla 1, pág. 30 y Tabla 4, pág. 39). El resultado que se obtiene, y que hemos pensado apropiado adaptar y resumir a continuación, destacando sólo las cifras mayores de los casilleros de cada columna, es la siguiente matriz:

Chile: Movilidad social intergeneracional (padres e hijos). Matriz de flujos de salida y entrada. Frecuencias mayores en negrita, porcentajes en cursiva

Hijos Padres	Servicios alta	Pequeña burguesía	Rutina no manual	Independiente	Manual calificado	Manual no calificado	Propietario agrícola	Trabajador agrícola	Total
Servicios alta	190 <i>31,5</i>	23 <i>18,1</i>	28 <i>15,6</i>						336
Pequeña burguesía		26 <i>20,5</i>							129
Rutina no manual			11 <i>6,1</i>						151
Independiente	83 <i>13,8</i>		29 <i>16,1</i>	99 <i>19,2</i>	65 <i>11,4</i>	110 <i>12,9</i>	14 <i>15,7</i>		423
Manual calificado	69 <i>11,4</i>			86 <i>16,7</i>	150 <i>26,2</i>	17,5 <i>17,5</i>	6 <i>6,7</i>	22 <i>11,3</i>	518
Manual no calificado	91 <i>15,1</i>	23 <i>18,1</i>	42 <i>23,3</i>	116 <i>22,5</i>	138 <i>24,1</i>	219 <i>25,7</i>		34 <i>17,5</i>	668
Propietario agrícola	64 <i>10,6</i>			75 <i>14,5</i>	78 <i>13,6</i>	125 <i>14,7</i>	37 <i>41,6</i>	37 <i>19,1</i>	441
Trabajador agrícola		17 <i>13,4</i>		69 <i>13,4</i>	83 <i>14,5</i>	151 <i>17,7</i>	20 <i>22,5</i>	86 <i>44,3</i>	466
Total	603 100	127 100	180 100	516 100	572 100	851 100	89 100	194 100	3132

Fuente: adaptado de Wormald y Torche, pág. 30.

De acuerdo los datos de la matriz, se puede examinar la movilidad social con las cifras de las columnas, vale decir, los flujos de entrada a las categorías ocupacionales. Este análisis permite conocer de qué categorías proceden las personas que forman el contingente de cada una de las categorías ocupacionales. La procedencia se refiere a las categorías ocupacionales de los padres. El peso de la herencia social en la movilidad está indicada por los casilleros que conforman la diagonal principal de la matriz.

El peso de la herencia social es relativamente más fuerte en los extremos de la estratificación ocupacional chilena. En efecto, las dos categorías rurales inferiores, pequeños propietarios agrícolas y trabajadores agrícolas reproducen en ellas mismas un 41,6% y un 44,3% de sus miembros respectivamente. En el otro extremo, la clase de servicios tiene un 31,5% de autoreclutamiento. Donde menos pesa el factor de la herencia social es en la categoría de rutina no manual y en la de trabajadores independientes. Las dos categorías manuales, independientemente del factor calificación, tienen una herencia social de alrededor del 25 %.

Si se consideran los procesos de movilidad ascendente, intergeneracional conforme a las cifras del triángulo inferior izquierdo de la matriz, claramente aparecen cuatro bloques de ascenso. Uno está conformado por las categorías 4 a 7 (independientes, manual calificado, manual no calificado y propietarios agrícolas pequeños) que en conjunto representan un 50,9% del origen de los miembros de la clase de servicio. Otro bloque está formado por las categorías 4 a 6 que sumadas constituyen un 53,8% del origen de los miembros de la categoría rutina no manual. Un tercer bloque se compone de las categorías 6 a 8 (esta última es la de trabajadores agrícolas) donde se origina un 52,2% que asciende a manual calificado y el cuarto bloque queda compuesto por las categorías 5 a 8 que aportan el 67,1 % de los independientes.

Las clases de destino de toda esta movilidad ascendente son los servicios, (directivos, profesionales y técnicos supervisores) la rutina no manual (empleados dependientes en administración y ventas) los independientes y la manual calificada). Tomando nota de las clases de destino, es claro que los factores que empujan hacia el ascenso ocupacional de los hijos respecto de los padres, son, en primer lugar, *la calificación* (capital educativo) y en segundo lugar *la empresarización del empleo*.

La categoría manual no calificada como ocupación de los hijos, desempeña un papel interesante en la dinámica de la movilidad pues se comporta como una clase pivotal a la cual los hijos ascienden desde las dos categorías próximas inferiores que tuvieron sus padres (pequeños propietarios agrícolas y trabajadores agrícolas) y hacia la cual los hijos descienden desde las dos categorías inmediatas superiores que tuvieron sus padres (independientes y manual calificada).

En cuanto a la movilidad descendente intergeneracional hay un bloque muy nítido, que está conformado por los personas cuyos padres tuvieron ocupaciones en las categorías 5 a 7 (manual calificado, manual no calificado y pequeños propietarios agrícolas) y que descendieron hasta la categoría de trabajadores agrícolas (47,9% de estos trabajadores proviene de las categorías ya indicadas de ocupación de los padres).

Aparte de estos bloques, hay casos más específicos de movilidad que caracterizan a un segmento muy diferenciado dentro de la matriz. Entre estas trayectorias ascendentes está el caso, por ejemplo de un 18,1% de la pequeña burguesía cuyo origen está en la categoría manual no calificada y un 13,4% de la misma pequeña burguesía que se origina en los trabajadores agrícolas. Entre las trayectorias descendentes se observa el caso de la clase de servicio de los padres donde se origina el 18,1% de la pequeña burguesía, los padres ocupados independientes que dan origen a un 15,7% de los pequeños propietarios y los padres que tuvieron ocupaciones de la clase de servicio cuyos hijos descienden a ocupaciones de rutina no manual. En resumen, la pequeña burguesía se comporta como categoría relativamente dinámica (o inestable) de destino de trayectorias singulares y específicas ascendentes y descendentes y nuevamente aparece con bastante nitidez, los factores de calificación y empresarización del empleo.

Además de la constatación de la brecha intergeneracional de la calificación con empresarización, otra importante observación que se extrae de la matriz y que los autores destacan en su análisis del caso chileno, es que *las trayectorias de movilidad ascendente son de corto alcance*. Se asciende principalmente a categorías ocupacionales contiguas en la escala. Si hubiera que traducir este proceso en palabras de un buen consejo paterno, sería algo así como: «*Hijo, te va ir bien en tu vida... siempre que no aspire a mucho*».

Las oportunidades de movilidad entre las clases de rutina no manual (clase de servicios baja), independientes y clases manuales son relativamente abiertas y fluidas, porque en ellas los niveles de ingreso y educación son bastante similares, pero al mismo tiempo, es digno de destacarse el alto grado de apertura que tiene la clase de servicios alta. Esto puede deberse, como se ha señalado más arriba en este trabajo, al hecho de que los investigadores hayan agregado en una sola clase las dos categorías de la cúspide que están diferenciadas en la categorización original de Goldthorpe. Es altamente probable que esta apertura relativa esté radicada en la parte inferior de la clase de servicios alta y que en la cumbre de la estratificación haya un mucho mayor peso del factor herencia social.

De cualquier forma, es interesante que haya esta apertura en la parte superior de la pirámide. Nuevamente, los autores señalan que esa apertura está relacionada con la inversión en la educación superior de los hijos. Esto es plenamente compatible con el dato de la notable expansión de la matrícula en instituciones de educación superior en Chile, entre los años 1985 y 2002. Cifras del Ministerio de Educación, indican que en ese período la matrícula total (incluyendo universidades, institutos profesionales y centros de formación técnica) se expandió de 196.283 alumnos a 501.162 y que sólo en las universidades la matrícula creció de 113.625 a 348.886 estudiantes en el mismo lapso (véase www.mineduc.cl).

Este último cambio estaría asociado con el cambio de modelo económico que habría provocado la desaparición y quiebra de las empresas que emergieron en la fase más avanzada («difícil») de la sustitución de importaciones que demandaban mano de obra más calificada. La influencia que tiene el origen social en la clase social a la que se accede al entrar al mercado de trabajo (primera

ocupación) ha disminuido en el tiempo, con lo cual «Chile se ha convertido en una sociedad mas fluida» (Wormald y Torche: 71).

El factor clave en este proceso es, nuevamente, la educación del hijo comparado con la educación del padre. A medida que la educación se expande en cobertura, una mayor proporción de la población accede a niveles educacionales en los cuales el peso de la clase social de origen es menor: la educación «borra» la influencia de la clase de origen (Wormald y Torche: 71).

Preguntas e hipótesis sobre la estratificación y la movilidad social en Chile

A partir del enfoque general de esta presentación y de las implicaciones y conclusiones a que conducen muchos de los hallazgos empíricos sobre la dinámica general de la estructura social chilena, es pertinente levantar algunas preguntas e hipótesis que apuntan a relaciones más específicas que estarían conformado el perfil de la estratificación en el país y sus procesos de movilidad.

Hasta qué punto está «regionalizada» la estructura social

La descentralización funcional al rol integrador del Estado fue un proceso que el modelo modernizante en Chile adoptó desde temprano y por tanto parece importante y necesario analizar empíricamente el efecto que tal proceso haya podido tener sobre el perfil de la estratificación social del país.⁶ Pueden señalarse algunas consideraciones para orientar ese análisis.

Una de estas consideraciones se refiere a la delimitación de las unidades regionales y locales en cuanto realidades socialmente válidas, lo que implica consideraciones precisas acerca de las variables y procesos de identidad y participación regional que deben ser tomados en cuenta para arribar a tales delimitaciones. A veces la geografía y la sociología de las regiones o localidades coinciden; otras no, y cuando esto ocurre, habrá que ver si el la operación descentralizada del modelo ha sido suficientemente flexible como para hacer primar los criterios de la conformación social del espacio antes que la materialidad física de la geografía.

Otra de estas condiciones tiene que ver con la relación entre la descentralización y las diferenciaciones regionales (sociales, culturales, y aún históricas) que suelen existir al interior de las sociedades nacionales. La descentralización efectivamente posibilita que estas diferenciaciones se expresen y se manifiesten en toda su variedad y contribuyan así al enriquecimiento de la vida social del

⁶ Para una detallada exposición del proceso de descentralización del Estado en Chile, que incluye temas de traspaso de atribuciones en materia de inversión pública y proyectos de desarrollo, desconcentración financiera en el sector salud, descentralización de programas de superación de la pobreza y el rol de las municipalidades en la educación pública, ver el estudio de Raczyński y Serrano (compiladoras), *Descentralización: nudos críticos*, CIEPLAN, Santiago, 2001.

país en su conjunto. No obstante hay un cierto tipo de diferenciación con la cual la descentralización probablemente deje de contribuir a la consolidación de un perfil nacional de estratificación y movilidad social y se transforme más bien en una fuerza que empuja hacia las diferencias regionales en la estratificación social. Probablemente esto ocurra cuando las diferenciaciones regionales o locales son expresiones acentuadas del rezago de regiones pobres respecto de regiones ricas. En efecto, el crecimiento no se distribuye homogéneamente en el territorio sino que tiene importantes disparidades.

Según cifras regionalizadas de MIDEPLAN, entre 1990 y 1997 el PIB del país creció a una tasa promedio anual de 8,3%. Tasas muy superiores de crecimiento regional se obtuvieron, en ese período, en tres regiones del Norte, como son Tarapacá, Antofagasta y Atacama (regiones I, II, y III respectivamente) principalmente debido a la expansión del sector minero asociada a megaproyectos cupríferos. La región Metropolitana que concentra alrededor de un 40% de la población total, también creció por sobre el promedio, a una tasa anual de 8,5% debido principalmente a la expansión del sector servicios (comercio, transporte y servicios financieros).⁷

Si el crecimiento está regionalmente diferenciado, sería pertinente suponer que también lo está el perfil de la estratificación social. La comprobación de esa hipótesis debiera descansar en una cuidadosa determinación de lo que se pueda considerar como estándar nacional, en los distintos campos de la acción pública y estatal y de las adecuaciones regionales o locales de tales estándares, pues sería necesario relativizar el efecto igualador nacional de tales estándares. En especial este aspecto podría llevar al examen del efecto regionalmente diferenciado que podrían tener algunas instituciones mediatizadoras que actuaría como los canales que, de hecho, sirven para impulsar la movilidad de determinados grupos o estratos dentro del perfil regional de la estratificación social.

El sesgo de la estructura de oportunidades: trabajo, educación, clasismo y el «efecto Mateo»

La estructura de oportunidades (las oportunidades de vida en la terminología weberiana clásica) en Chile, a fines del siglo XX, se encuentra determinada por dos factores que son la inserción laboral y el acceso a la educación. Al analizar estos factores, se ha encontrado que ambos están positivamente relacionados con la movilidad social ascendente general que se observa en la estructura social del país, pero al mismo tiempo tanto el trabajo como la educación actúan como factores de reproducción de las desigualdades si se atiende al impacto diversificado que estos factores tienen en distintos segmentos de la estructura social.

Se obtiene así una estructura de oportunidades sesgada en favor de quienes ya están en posesión de un activo social sea por las mejores oportunidades de trabajo que capturan dado el activo laboral que ya posee su grupo generacional

⁷Véase MIDEPLAN e Instituto Nacional de Estadísticas, *Panorama económico y social. Las regiones de Chile 1990-1999*, página 18.

familiar, o por el mejor acceso que tienen a una escolaridad prolongada dado el capital cultural que ya posee el grupo familiar del cual provienen.

Sin desconocer el hecho general que mejor inserción laboral y mejor acceso y permanencia en el sistema de educación formal son vehículos de movilidad social ascendente, la constatación de este sesgo, estaría indicando una estructura de oportunidades imperante en el país en la fase avanzada del nuevo modelo, caracterizada por un proceso de acentuación de la discriminación del tipo que Robert Merton identificó como «el efecto Mateo»

Este efecto se refiere a la acumulación de ventajas y desventajas, en una determinada estructura social. Señala Merton que «los procesos de auto-selección individual y de selección social institucionalizada, interactúan y afectan las probabilidades sucesivas de acceso a la estructura de oportunidades».¹⁷ Refiriéndose a la estructura social de la ciencia, donde observó el mencionado efecto, Merton expresa que «los sistemas de recompensas, asignación de recursos y selección social operan para crear y mantener una estructura de clase por medio de la provisión de una distribución estratificada de oportunidades entre los científicos para incrementar su rol de investigadores. La acumulación diferencial de las ventajas opera de tal manera que, parafraseando a los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas, «al que tiene, se le dará más, y tendrá de sobra; pero al que no tiene, hasta lo poco que tiene se le quitará» (Merton, 1996: 16).⁸

Un rasgo propio de la clase social es que ella lleva construida en su interior un mecanismo de transmisibilidad y reproducción. En ese marco de ideas, todo parece indicar que es el capital educativo del hogar de origen combinado con las redes sociales que se desarrollan junto con ese capital, el factor que actúa como reproductor de las diferenciaciones de clase en las estructuras de oportunidades de trabajo y de educación, reforzando así la acumulación diferencial de las ventajas en la estructura social del país.

El clasismo en la estructura social: ¿ocaso de las clases o nuevas clases sociales?

Sobre el tema del clasismo, Wormald y Torche consideran que sus resultados estarían indicando una clara atenuación de la dimensión de clase en la estratificación social chilena, puesto que habría un «robustecimiento de la clase de servicio y de los segmentos asalariados o dependientes en ocupaciones calificadas y no calificadas... adicionalmente se ha producido una expansión de la pequeña burguesía... en este sentido la nueva estructura de clase ve debilitado su componente clasista» (Wormald y Torche: 73).

No obstante, desde la perspectiva señalada en el apartado precedente, podría estimarse que el efecto de acumulación diferencial de las ventajas, entre determinadas categorías de estratificación, estaría justamente apuntando en la dirección de una perpetuación de la dimensión de clase en la estructura social y por ende, en la estratificación ocupacional. Es claro que el cuadro social que se obtiene de ésta última, no agota los temas involucrados en el análisis de las clase,

⁸ La referencia bíblica es al evangelio de San Mateo, 25, 29.

como son por ejemplo, las barreras o brechas que se reproducen y se transmiten entre generaciones en la estructura social y las relaciones de propiedad respecto de los factores de producción, de modo que habría que reexaminar la construcción de las categorías ocupacionales para desagregar estos temas. En especial parecería adecuado revisar la conformación de las categorías extremas de la estratificación ocupacional, donde probablemente sea más fuerte la presencia de los factores asociados a las clases.

Si ello fuera así, habría que concordar con Crompton, cuando señala que «hay que distinguir entre los esquemas que *describen* el perfil de la desigualdad ocupacional y aquellos que, teniendo fundamento teórico, buscan incorporar en el nivel empírico, las manifestaciones de las *relaciones* de clase» (Crompton, 1999: 69). Quedaría abierta entonces la cuestión de si los hallazgos de Wormald y Torche estarían mostrando una especie de ocaso de las clases o por el contrario una presencia reforzada de la dimensión de clase pero ahora sustentada dicha dimensión en clases sociales nuevas o «emergentes». La presencia del «efecto Mateo», nos llevaría a pensar en la segunda posibilidad como la hipótesis que habría que tratar de validar en un análisis empírico de esta cuestión.

Al respecto, valdría la pena tomar nota del trabajo realizado por León y Martínez que han abordado la tarea de construcción de una matriz de categorías sociales para analizar la estratificación ocupacional en Chile, desde una perspectiva próxima a Goldthorpe, pero agregando criterios de distinción que se refieren a capas o generaciones históricas que han ido constituyendo las clases. La idea aquí es que «a cada etapa de despliegue del proceso de crecimiento corresponde de modo típico el desarrollo de determinados sectores o ramas de la economía y la aparición, transformación o disolución de ciertos actores sociales» (León y Martínez, 2001: 10).

En la perspectiva adoptada por estos autores, cada clase puede definirse por la existencias de posiciones o roles compartidos en el sistema de producción e intercambio, que «no son conjuntos perfectamente homogéneos: por el contrario, cada una de ellas está conformada —como la tierra— por distintas «capas» o «generaciones», que se corresponden con distintos momentos de despliegue de la actividad económica» (León y Martínez, 2001: 10). En este sentido, por ejemplo, la categoría «empresarios agrícolas» se abre en: (i) empresarios exportadores; (ii) empresarios no exportadores; (iii) burguesía terrateniente; y (iv) otros empresarios agrícolas.

Otro ejemplo de lo mismo ocurre con las categoría «sectores medios independientes» que da origen a las siguientes subcategorías: (i) comerciantes detallistas; (ii) profesionales liberales altos; (iii) otros profesionales y técnicos liberales; (iv) artesanado «moderno»; (v) pequeña burguesía transportista.

De esta forma, las variaciones dentro de las categorías mayores se asocian con cambios históricos inducidos en el sector por cambios del modelo productivo, con lo cual los grupos adquieren rasgos de «realidad» y dejan de ser sólo agregados estadísticos de datos agrupados. La interpretación de León y Martínez puede entonces organizarse en dos grandes ejes, que ellos denominan «claves», a saber: la *movilización social* y la *movilidad social*.

La primera clave de interpretación se sustenta en las dimensiones de inorganicidad (medida como el porcentaje de asalariados en la población activa); exclusión (medida por el porcentaje de «excluidos» —e.g. desocupados, empleo doméstico— en la población activa) e impermeabilidad (medida por el porcentaje de jóvenes activos «excluidos» y mujeres activas «excluidas»). Los cambios que se observan en estas mediciones, indicarían entonces cambios en la movilización de actores sociales.

La segunda clave de interpretación es la movilidad, es decir los cambios en la posición relativa de las distintas categorías sociales en la distribución del ingreso. Esta clave obliga a relacionar la matriz clasificatoria con los datos de la distribución del ingreso, de modo que movilidad no es simplemente el desplazamiento de personas entre categorías ocupacionales sino entre tramos de ingreso asociados a esas categorías. En el estudio en referencia León y Martínez concluyen que la movilidad observada en la estratificación social en Chile en el período 1971 y 1995, se da por los siguientes procesos clasistas asociados a la distribución del ingreso: (i) distanciamiento en la escala de ingresos entre la clase obrera y los sectores medios; (ii) mejoramiento más rápido del ingreso de las categorías independientes en relación con las asalariadas; y (iii) cambios en la composición social de la pobreza.

El efecto género en la estratificación social.

En general los analistas hablan de que habría un sesgo maculinizante en los estudios de estratificación, lo cual es una afirmación en general correcta. Si se trata de corregir ese sesgo, una forma clara de hacerlo es cambiar la unidad de recolección de datos. Una ventaja clara que tienen los datos provenientes de encuestas de hogares, sobre aquellos que se refieren a individuos, es que permiten incorporar de manera más sistemática la dimensión de género en la composición del hogar.

La reiterada relación que se observa entre pobreza y hogares monoparentales femeninos es un hallazgo que justamente conduce a recuperar esta dimensión fundamental en los estudios de estructura social pero ahora considerando una génesis del dato que es diferente. En verdad, hay numerosos indicios de que lo que está estratificado en la estructura social son hogares más que individuos y cuando se trata de hogares la dimensión de género pasa a ser un factor estructural de los datos.⁹

⁹Tal vez valdría la pena señalar que uno de los primeros autores que percibió esta característica «grupal» de la estratificación social fue Talcott Parsons en un artículo publicado en la década de los cuarenta. El artículo en referencia es «Analytical approach to the theory of social stratification», en *Essays in Sociological Theory* (The Free Press, 1940), donde Parsons introduce la noción de pertenencia a distintas «kinship units» (unidades de parentesco) como un factor de estratificación que tiene la característica de ser compartido por los miembros de la misma categoría y que introduce, por tanto, una base de solidaridad en la conformación de los estratos sociales. En ese trabajo Parsons sostenía que un componente fundamental de la estratificación, además del factor ocupacional, eran las «unidades de parentesco», lo cual es una aproximación razonable (aunque incompleta) a la noción de hogares.

Datos provenientes de la Cepal (2003: 106) para América Latina, que se refieren a la movilidad intergeneracional de jóvenes (entre 20 y 24 años de edad) permiten mostrar que las mujeres siempre se desenvuelven apreciablemente mejor que los hombres cuando se examina el grupo de jóvenes que supera el nivel educacional de sus padres. Esta relación se mantiene sea que se controle por el contexto urbano como rural, o por el logro o no logro de un capital educacional básico (12 años o más de escolaridad). Lo notable del caso es que este mejor desempeño de las mujeres se repite también para el caso de jóvenes que no superan en nivel educacional de sus padres. En otras palabras, cualquiera sea el factor de control el desempeño de las mujeres jóvenes es mejor que el de los hombres de la misma cohorte.

En el caso chileno, se han encontrado diferencias importantes entre la movilidad asociada al logro educacional entre generaciones distintas, ya que las cohortes más jóvenes alcanzan mejores grados de movilidad social que las cohortes de más edad. Lo interesante de los datos de la Cepal, es que agregan a esa asociación, la dimensión de género para destacar el mejor desempeño que sistemáticamente alcanzan las jóvenes por sobre los varones. Valdría pues la pena agregar de manera sistemática esta dimensión de género en los estudios de estratificación y una buena manera de empezar a hacerlo, pareciera ser por el análisis de la movilidad asociada a logros educativos.

El punto clave aquí es que si bien las mujeres tienen un mejor desempeño en lo que a adquisición de capital educativo se refiere, sus logros son más reducidos que los de los hombres cuando ingresan al mercado laboral. Hacia fines de la década pasada, el ingreso medio percibido por las mujeres en el trabajo, controlando por años de escolaridad, es alrededor de un 65% menor que el de los hombres cuando se comparan estos grupos con 13 y más años de instrucción (62 % en el medio urbano, 68,2 en el medio rural). En niveles menores de logro educativo, la relación es un tanto más favorable a las mujeres, pero en el mejor de los casos alcanza a un 79% en el grupo de 10 a 12 años de instrucción en el medio rural. Esto quiere decir que aún cuando ellas entren al mercado con mayor capital educativo, esa ventaja de entrada no se traducirá en sus remuneraciones y por tanto se diluye rápidamente en su carrera laboral. En otras palabras, la discriminación que afecta adversamente a las mujeres se produce claramente en el trabajo y no en la pasada por el sistema educacional. Los datos de la Cepal que se comentan muestran, además, que en el caso de Chile el impacto de la discriminación de género es especialmente agudo en la fase de salida de la población económicamente activa, vale decir, cuando se comparan los montos de las pensiones que obtiene los hombres y las mujeres al jubilar. Cifras de la OIT sobre el particular¹⁰ muestran que, en el caso chileno, el ingreso promedio proveniente de jubilaciones y pensiones, de las mujeres en los tramos de edad de 60 años y más, es considerablemente inferior al de los hombres. Las mujeres que jubilan en el grupo de 60 a 64 años, perciben un 60,3% del ingreso de los jubilados hombres. Esta relación es de 67,0% para el grupo entre 65 y 69 años; y de 68,1% para el grupo sobre 70 años de edad.

¹⁰ OIT, *Panorama Laboral 2000. Anexo Estadístico, cuadro 2*. En www.oit.org./pe/spanish.

La estructura social rural: ¿qué queda del «gatopardismo» hacendario?

Es indudable que uno de los cambios más decisivos que se observan en la estratificación social, a lo largo de las últimas décadas es la progresiva contracción de las categorías ocupacionales del agro y, en especial, la lenta e inexorable desaparición de la clase del campesinado que estuvo históricamente ligada a la economía rural tradicional. En más de un aspecto, este proceso se asocia a la tendencia más larga de la urbanización y las consecuentes olas migratorias rural-urbanas que caracterizaron en general a los países de la región desde la década de los años 50. En el caso de Chile, el proceso cobró además una cierta aceleración como consecuencia del impacto transformador de la economía rural que fue la Reforma Agraria de fines de la década de los 60 y comienzos de los 70. Sobre esta tendencia larga, la implantación del nuevo modelo de acumulación y crecimiento sustentado en el mercado desde mediados de los 70, reforzó en buenas cuentas el proceso de descampesinización del agro.

Todo lo anterior se refiere a un análisis que mira a la base campesina de la pirámide social, pero por lo mismo, es indispensable levantar la mirada hacia la parte superior de la estructura social agraria. Es cierto que la clase de los grandes propietarios agrícolas y su característica red familiar, los hacendados, en la terminología más apropiada, constituyen una categoría más bien histórica, puesto que en cuanto clase social, ellos fueron desplazados por los procesos de redistribución de la propiedad agraria o que también o por las transformaciones propiamente capitalistas de la economía rural, o por una combinación de ambos. No obstante, parecería que la gran propiedad agraria, ya no bajo los cánones de la hacienda familiar sino más bien bajo una estructura corporativa, empresarial, no sólo persiste, sino que se habría reconstituido sobre la base de operaciones de concentración de la propiedad en los mercados de tierra.

En el caso de Chile, sobre las estructuras cooperativas de propiedad y organización campesina que surgieron normalmente asociados a los procesos de redistribución del suelo agrícola, la activación de los mercados de tierras permitieron una rápida recomposición de la propiedad ahora despojada de sus connotaciones de basamento estamentario y hereditario de una clase agraria y valorizada como insumo productivo en una agricultura capitalísticamente organizada. La descampesinización en la base, parece ir claramente acompañada por la recomposición capitalista de la gran propiedad en la cúspide la estratificación social. Bajo esa hipótesis, lo que habría habido ocurrido entonces es más una readecuación adaptativa, «gatopardesca», de la clase dominante en la estructura social agraria, que un cambio radical y perdurable de esa estructura. Es interesante anotar que en el análisis de Wormald y Torche, los pequeños propietarios agrícolas constituyen una categoría diferenciada, sin que haya una similar diferenciación respecto de los grandes propietarios agrícolas. La composición de las categorías superiores, en especial la clase de servicios alta (refundida sobre las dos categorías de la cúspide en el esquema original de Goldthorpe), no incluye de manera clara e inequívoca ninguna descripción que pudiera cubrir al grupo de los grandes propietarios del suelo agrícola. Lo que posiblemente contribuya a explicar esta circunstancia es que la recomposición de la gran propiedad del

suelo, se ha hecho sobre la base de propietarios corporativos que se organizan como empresas comerciales o como holdings de empresas.

Las categorías intermedias: ¿hay más o menos heterogeneidad social en ellas?

Las observaciones que se han hecho sobre las tendencias de cambio en el perfil de la estratificación social en Chile, ponen de relieve un tema que es recurrente en este tipo de análisis que es el de la composición de los estratos o capas intermedias. La lógica de estos análisis lleva a que haya mucha más precisión y nitidez en los extremos de la distribución porque tanto en la base como en la cúspide de la pirámide es más excluyente la ubicación de las personas en las categorías de que se trate. Hacia el sector intermedio de la distribución, las personas tienden a ser clasificadas con criterios que se combinan y diversifican de modo que normalmente las categorías se tornan más difusas en sus límites. La caracterización de los sectores o clases medias pasa a ser, por ello un tema complicado que se abre hacia una relativamente extensa «zona gris» en nuestra comprensión del perfil y la dinámica de la estructura social.

Es interesante notar que el estudio de Wormald y Torche permite identificar las categorías manuales calificadas como una distribuidora de personas hacia otras categorías sociales contiguas, tanto hacia arriba como hacia abajo en la pirámide social. Esta categoría distribuidora de movilidad social de corto alcance, que es una suerte de pivote o bisagra en la estratificación social del país, está a nuestro entender, de lleno en el sector intermedio del perfil de la estratificación social. En esa perspectiva parecería que en la estructura social chilena actual el factor calificación, que apunta a las esferas de la formación técnico-profesional, tiene una clara gravitación en los desplazamientos que se producen en los y tramos medios de la estructura. Esto no significa que el efecto de la mayor calificación o si se quiere, el efecto movilidad de la educación técnico profesional sea un factor generalizado en la estructura social chilena. Se trata de un efecto claramente localizado y que, por tanto, tiene un efecto parcial. En otras palabras, el efecto de los procesos educativos que conducen a una mayor calificación técnico-profesional, es positivo sólo para algunas categorías sociales.

De lo arriba expuesto, se desprende que en los sectores medios habría categorías que actúan como empujadoras tanto hacia una movilidad social ascendente, como hacia una movilidad descendente, siempre de alcance limitado a las categorías contiguas de la estratificación social. Con ello, se pone de manifiesto el carácter relativamente fluido de los estratos medios, pero se trata de una fluidez limitada, de corto alcance, que morigera el impacto meritocrático de los procesos de crecimiento y expansión de las oportunidades. La movilidad de corto alcance, estaría operando como un factor que aumenta la diversificación y heterogeneidad de los estratos medios. Al mismo tiempo, al ser relativamente menor la significación de los procesos de movilidad social de más largo alcance, la diversificación al medio, coexistiría con una cierta estabilidad de las puntas de arriba y abajo en el perfil de la estratificación.

Desde el punto de vista metodológico, la aproximación más fina a este tema,

se lograría a través de estudios de panel, prácticamente inexistentes en la tradición de investigación empírica de nuestros países. Por ello es necesario fomentar una aproximación sistemática e institucionalmente sostenida de los estudios de panel, cuyo diseño permite el seguimiento longitudinal de cohortes en las cuales es posible observar las trayectorias efectivas de movilidad experimentadas por grupos concretos a lo largo del tiempo. Este es un tema de especial relevancia para las universidades pues, a no ser que cambien muy drásticamente las condiciones de institucionalización académica de los programas de formación e investigación en el campo de las ciencias sociales en los países latinoamericanos, no sería razonable suponer que en el futuro próximo haya mejorías importantes para desarrollar estos estudios longitudinales. Esto significa que habrá que desarrollar estrategias alternativas de investigación que permitan recuperar esta dimensión temporal, como es el caso de los estudios basados en historias de vida, por ejemplo. Sea cual fuera la situación, es claro que se configura aquí un área de investigación muy importante y estratégica, en relación con la dinámica de los sectores medios.

Referencias

- Banco Mundial. (1994). *The east asian miracle*. Washington.
- Cepal. (1997). *La brecha de la equidad*. Santiago.
- Cepal. (2000). *La brecha de la equidad. Segunda evaluación*. Santiago.
- Crompton, Rosemary. (1999). *Classi sociali e stratificazione*. Bologna: Società editrice il Mulino.
- Crotty, William. (2002). The Irish way in world affairs. En William Crotty y David E. Schmitt, *Ireland on the World Stage*. Harlow: Pearson Education.
- Erikson, R. y J. Goldthorpe. (1993). *The constant flux: A study of class mobility in industrial societies*. Oxford: Clarendon Press.
- Goldthorpe y Hope. (1974). *The social grading of occupations: a new approach and scale*. Oxford: Clarendon Press.
- Goldthorpe, Llewellyn y Payne. (1987). *Social mobility and class structure in modern Britain*. Oxford: Clarendon Press.
- León, Arturo y Martínez, Javier. (2001). *La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX*. Santiago: Cepal (Serie Políticas Sociales).
- Merton, Robert K. (1966). Opportunity structure. En Piotr Sztompka (ed.), *Robert K. Merton on social structure and science*. Chicago: The U. of Chicago Press.
- MIDEPLAN e Instituto Nacional de Estadísticas. (1999). *Panorama económico y social. Las regiones de Chile 1990-1999*. Santiago.
- Parsons, Talcott. (1940). *Analytical approach to the theory of social stratification*. En *Essays in sociological theory*. The Free Press.
- Raczynski D. y Serrano C. (compiladoras). (2001). *Descentralización: nudos críticos*. Santiago: CIEPLAN.
- Wormald, Guillermo y Torche, Florencia. *Estratificación y movilidad social en Chile durante las últimas décadas del siglo XX*. Informe de Investigación, Proyecto Fondecyt sobre Movilidad Social en Chile, N° 1010474.